

MA. GRACIA CASTILLO RAMÍREZ Y

ALMA DORANTES GONZÁLEZ

HISTORIA DE VIDA. WILEBALDA RODRÍGUEZ, MAESTRA POR VOCACIÓN Y POR TEMPERAMENTO. JALISCO: SIGLO XX

Ahora tengo ochenta años, pero quisiera tener veinte para entregarme de nuevo a la noble labor de enseñar. Mi satisfacción más grande es la de contar entre mis exalumnos una gran cantidad de profesionistas; profesores, abogados, médicos, enfermeras, oficiales del ejército, industriales, artesanos, y muchas, muchas muy honorables madres de familia, sin faltarme la pena de que algunos de mis alumnos perdieron el camino.

***No vuelvo al pueblo
hasta que tenga título***

A mediados de enero de 1922, se presentó en las puertas de la Escuela Nor-

mal para Señoritas en Guadalajara una joven rubia de alrededor de 25 años. Su cabello trenzado, "falda larga hasta el huesito y chal", reflejaban su origen campesino. Era Wilebalda Rodríguez Jiménez, una mujer que desde hacía más de diez años enseñaba a leer y a escribir a niños de Mexicacán, su pueblo natal, situado al noreste de Guadalajara, en Los Altos de Jalisco. Con el fin de obtener mayores logros en la empresa a la que había elegido dedicarse, Wilebalda había ahorrado "trescientos cincuenta pesos en oro" para estudiar la carrera de normalista pues, como diría años después, "maestra es la que enseña y profesora es la que tiene un título y recibe apoyo". Ella ya era maestra, quería ser profesora.

De los cerca de dos mil maestros que había en ese tiempo en Jalisco, la mayoría no contaba con título; y pocos eran los egresados de las escuelas normales que aceptaban ir a poblaciones pequeñas a ejercer la profesión.

Esto se daba pese a que para entonces en México la educación rural se había convertido en uno de los objetivos primordiales del gobierno, pues en ella se veía el medio de unificar cívicamente al país.

Aprovechando la confluencia de sus intereses personales de superarse con la política gubernamental, Wilebalda se lanzó ya grande a la aventura de estudiar, ya que de acuerdo con la mentalidad de la época, el período más "fecundo" para las jóvenes era el comprendido entre los dieciséis y los veinte años (Apodaca, 1914:10).

Alejarse de su pueblo y enfrentar las complicaciones de la vida citadina fue un reto significativo no sólo para Wili —como cariñosamente la llamaban—, sino también para el resto de la familia. La empresa resultaba arriesgada para una joven campirana. De ahí que su padre, don Lorenzo Rodríguez, quien siempre la apoyó, dispusiera que la madre y una hermana menor se mudaran con ella. El traslado a la ciu-

dad estuvo cargado de emociones para Wilebalda: a la excitación que le causaba el inicio de la empresa largamente meditada, se añadía la incertidumbre de lo que le esperaba y el desasosiego de su mamá, quien no le dirigió la palabra en los tres días y medio que duró el viaje. Para la señora dejar la seguridad de la vida en el pueblo, así como separarse del marido y sus otros once hijos, eran causa de mucha contrariedad.

Los primeros pasos de Wilebalda en la ciudad, lejos de ser fáciles, la hicieron vivir en carne propia la confrontación entre el mundo rural y el urbano. Sólo tenía una vaga idea de las costumbres y formas de vida citadinas, a la vez que desconocía por completo los tiempos, movimientos y trámites de las instituciones capitalinas.

Cuando llegó, la Escuela Normal se encontraba en período de vacaciones de invierno, por lo que no había quien la atendiera; sin embargo, su insistencia obligó a la portera a proporcionar-

le el domicilio de la señorita Irene Robledo García, directora del plantel. Inmediatamente fue a buscarla y "después de mucho caminar" encontró la casa de la profesora Robledo, quien le hizo saber que las inscripciones se habían cerrado en junio del año anterior.Cuál sería su expresión de desencanto que la propia directora le sugirió acudir a las autoridades superiores. Echando mano de su tenacidad y audacia, Wili recurrió al gobernador y al jefe del Departamento de Educación Secundaria y Profesional, a quienes de una y otra manera explicó sus deseos de estudiar. Así logró ser admitida en la escuela normal como "espectadora", pues no podía ser alumna regular por no cumplir con el requisito de haber terminado la primaria superior.

Fue difícil para Wili adaptarse al ambiente de la escuela. Sus compañeras inicialmente la rechazaron, ya que se integró de manera irregular a un grupo de estudiantes más chicas y cuando había pasado la mitad del año.

Sin embargo, ella misma decía que cuando vieron sus " ganas de estudiar", la relación mejoró día a día.

También algunas maestras la trataron con aspereza o indiferencia al principio, pues su aspecto y edad les hicieron pensar que sólo perdería el tiempo en la escuela.

Tales actitudes, lejos de acobardar a Wili, la hicieron reaccionar con mayor empuje: "Sentí una rebeldía y un coraje muy grandes". Esos sentimientos la llevaron a buscar la manera de demostrar su interés por prepararse. Pronto se presentó la oportunidad y probó que, a pesar de no contar con el primer semestre de estudios, podía explicar las lecciones más claramente que sus compañeras. Como al finalizar el curso sus promedios en todas las materias eran aprobatorios, sus maestros pidieron a la Dirección que, no obstante haber sido admitida en calidad de oyente a mediados de año, le regularizaran su situación como alumna.

Ese fue el primer ahorro de tiempo de Wili en la realización de sus estudios, pues no obstante que según la *Ley orgánica de educación pública* la carrera de normalista era de cinco años —incluyendo también los estudios de preparatoria—, ella obtuvo el título en dos años y medio. Además, se le tomó en cuenta su experiencia como maestra en Mexicacán y no realizó las prácticas. Por otra parte, dada su delicada situación económica, la señorita Robledo la instó a que adelantara materias presentando exámenes extraordinarios y permitiendo que no pagara ni un centavo por ellos. Esos exámenes los preparó ella sola durante largas horas de estudio solitario en la biblioteca. La misma Wilebalda explicaba:

Tenía prisa, yo vine a cumplir aquí los veinticinco años. Mi familia no tenía recursos para sostenernos y sólo contaba con mi ahorro que rindió menos de lo esperaba.

La situación política que reinaba en Guadalajara durante el tiempo en que Wili fue alumna de la Normal era inestable. A la confrontación entre la Iglesia y el Estado, se agregó el rompimiento entre los grupos obregonistas locales —integrados por quienes reivindicaban el regionalismo— y los seguidores del general Plutarco Elías Calles, que pugaban por un control central. La lucha política en esos años a menudo implicaba que las discusiones se tomaran violentas e incluso terminaran a balazos.

La *Ley de Educación* prohibía tomar parte activa y participar en propaganda en los “asuntos políticos de los municipios, del estado y de la federación”. Tal vez por eso, el agitado ambiente ciudadano no causó mayor revuelo entre los estudiantes, quienes se preocupaban más por desahogar los cargados programas de sus asignaturas.

Este ambiente estudiantil favoreció que Wilebalda se distinguiera como la mejor alumna de su generación. Des-

pues de presentar tesis y clase pública sobre Luis Pasteur, obtuvo el título en julio de 1925, año en que el proyecto político de los revolucionarios triunfantes remarcó la importancia de la educación en el campo como medio de unificar y fortalecer la conciencia nacional, con el establecimiento de las escuelas normales rurales.

Cimientos de la "noble labor de educar"

Oriunda de un pueblo campesino, Wili fue muy receptiva a los planteamientos de la educación rural, pues tenía un profundo conocimiento de la situación y carencias de ese medio al que ella misma pertenecía. Sabía, no por los libros ni de oídas, de las pesadas jornadas de los campesinos, que en determinadas épocas del año iban de "sol a sol"; su familia, al igual que las de otros pequeños propietarios y arrendatarios de Mexicacán y de otras zonas del país, sacaba únicamente para

satisfacer las necesidades elementales, "enumeradas en la oración que acostumbra rezarse a la hora de las comidas y antes de acostarse: casa, vestido y sustento" (Yáñez, 1983: 68).

En su infancia, transcurrida durante el declive del gobierno del presidente Porfirio Díaz, Wilebalda vio y vivió la pobreza y el incremento de privaciones para los mil quinientos o dos mil habitantes de Mexicacán. Éstos, sin dejar de reconocer la ventaja que significaba vivir con tranquilidad gracias al autoritarismo del régimen, estaban inconformes. Tenían hambre; no había un solo médico en el pueblo y la gente se curaba con "yerbas, agua, lavativas y compresas"; la mayoría de los niños "andaban descalzos, sin sobretiros y con una camisa larga de manta, porque no traían calzones". De ahí que Wilebalda recordara con tristeza cómo muchos niños no podían ir a clases ya que debido a su miseria "andaban casi desnudos" o tenían que ayudar a sus padres en las labores agrícolas.

Wili inició su instrucción cuando la mandaron a la escuela de su abuelito acompañando a su hermana:

De manera informal asistía a clases llevando mi silabario de San Miguel Arcángel y un grueso popote con una cuenta de vidrio de color en un extremo para apuntar mi lección. Pronto aprendí a leer y las principales oraciones del catecismo del Padre Ripalda, pero murió mi abuelito y ya no fuimos a la escuela (Rodríguez, s/f:1).

Después, Wilebalda estudió en los tres diferentes tipos de planteles de enseñanza básica que funcionaron durante el porfiriato: la oficial, la particular y la parroquial. Afirmaba que el tiempo más feliz de su infancia fue el que pasó en la escuela, a pesar de la "sopapiza que [le] dieron con un palo", cuando a los ocho años la mandaron a la primaria oficial. A raíz de esa mala experiencia se negó a seguir estudiando pero, pasado un tiempo, su padre la inscri-

bió en una escolita particular que al parecer, como muchas otras de ese tipo, funcionaba sólo unas horas. Éstas, más que establecimientos educativos formales, existían gracias a algunos adultos con interés por transmitir sus conocimientos a los niños.

Cuando supo que iniciaba la escuela parroquial le habían vuelto las ganas de estudiar. Entonces realizó lo que ella misma consideraba "la gran hazaña": se escapó de su casa para asistir al primer día de clases:

Llegué a la escuela casi ahogándome por la carrera y el natural sobresalto, pedí que me matricularan, y acto seguido pasé al salón. ¡Ah, qué mañana tan feliz pasé!... Pero cuando llegó la hora de la salida, no hallaba qué hacer, tenía mucho miedo, ¿qué me haría mi madre?, ¿cómo me recibiría?, ¿cuántas cosas me diría? Hubo un momento en que pensé no volver a mi casa, pero no tenía a dónde ir, así es que resolví y regresé a casa en nombre de Dios.

A pesar del duro regaño materno, volvió a la escuela por la tarde y cuando se llegó la hora de enfrentar a su padre, quien era analfabeto, éste se sintió conmovido por la actitud de su hija y le permitió seguir asistiendo a condición de que dejara hecho el duro trabajo doméstico que le correspondía.

Hacia finales del porfiriato se impulsaron interesantes innovaciones en cuanto a las políticas educativas. Justo Sierra, uno de los ministros de Educación, deseaba que la primaria dejara de ser "instructiva" y se convirtiera en "educativa"; según él, la escuela debía enseñar a pensar y a sentir, contribuir a desarrollar en el niño al hombre, así como inculcar hábitos que intensificaran la iniciativa individual y el espíritu cívico (Larroyo, 1981: 366-368). Por su parte, Laura Apodaca, destacada maestra jalisciense, planteaba que la enseñanza de la vida era lo esencial. Estos postulados, emitidos desde las capitales de la República y del estado, llegaron a concretarse de alguna ma-

nera en ciertas poblaciones pequeñas como Mexhicaacán. Al describir el examen público que presentó en la escuela parroquial y en el que obtuvo el primer lugar entre las cuatrocientas alumnas, Wilebalda daba muestra de cómo se impulsaba el pensamiento. En esa ocasión le tocó analizar según las diversas formas gramaticales la frase que decía: "Las lágrimas del pecador arrepentido conmueven el corazón paternal de Dios y desaman su justicia". La aritmética y otras materias, incluidas las encauzadas a la creación de la conciencia nacional, como la geografía y la historia, eran revisadas con similar rigor. El sentimiento cívico también recibía especial atención, aunque de manera peculiar, pues buscaba despertar el espíritu comunitario, todo el pueblo era invitado al acto, el cual se celebraba el 16 de septiembre e iniciaba con el canto del *Himno nacional guadalupano*:

Mexicanos corred presurosos
del penón de la Virgen en pos

y en la lucha saldréis victoriosos
defendiendo a la Patria y a Dios...

Vista la educación como el medio de "asegurar las instituciones democráticas" y "desarrollar los sentimientos patrióticos", los funcionarios porfiristas planearon unificar la enseñanza en todo el país, haciéndola gratuita y obligatoria (Larroyo, 1981: 340-341). Sin embargo, muchas de las reformas proyectadas no se concretaron debido a la diversidad de posibilidades e intereses estatales y regionales. Los avances fueron innegables tratándose de la educación en las ciudades; pero el balance fue muy distinto en el caso de la escuela rural. Por eso, pese a la prohibición federal de que ministros de los cultos religiosos pudieran enseñar o dirigir escuelas, para los jaliscienses fue benéfico que en la entidad esa orden se pasara por alto. Esta medida permitió que en pueblos y rancherías a los que la acción educativa gubernamental no llegó, el cura o cualquier

otra persona de buena voluntad estableciera centros donde los niños pudieran aprender a leer y a escribir, como la modesta escuelita que abrió Pepita Rodríguez Jiménez en Mexxicacán.

Al cerrarse la escuela parroquial, Pepita invitó a su hermana Wili a trabajar con ella; le pagaba un peso y cincuenta centavos al mes. En un pequeño pueblo como Mexxicacán lo más importante era la fe que la gente tenía en el maestro. De ahí el éxito que Pepita Rodríguez Jiménez tuvo, pues a pesar de cobrar veinticinco centavos por alumno, sus coterráneos le mandaban a sus hijos porque brindaba una atención especial a cada criatura. Esa experiencia le sirvió a Wilsbalda para tener siempre presente que la tarea crucial de un maestro rural era ganar la confianza de los lugareños.

El movimiento revolucionario de 1910 encontró a Wili y a Pepita enseñando a leer y a escribir a muchachos, en algunos casos más grandes que ellas, en un salón grande rentado. Al

decir de Wilebalda, en Mexxicacán sólo un puñado de gente se alzó al grito de "¡Viva Madero!"; el común de los mortales poco se enteró de lo que sucedía en el resto del país y fue hasta con la proliferación de grupos revolucionarios surgidos tras el asesinato del presidente Madero, en 1912, que el movimiento revolucionario afectó de manera seria a las actividades del campo. A partir de entonces y mientras duró la lucha armada:

— la gente tuvo miedo de trabajar en el campo, porque llegaba cualquier grupo y querían que se les diera maíz o pastura. Para evitar que los amenazaran o les quitaran lo poco que tenían dejaron de sembrar. No había ninguna seguridad en el campo; mataban las reses para comérselas y nadie se podía oponer porque iba la vida de por medio. Así que no se sembró, hubo escasez de maíz y frijol y miseria.

Entre tanto, las hermanas Rodríguez

Jiménez continuaron sus labores docentes con una notable aceptación del pueblo que se tradujo en una asistencia de cerca de doscientos muchachos. Esto preocupó a los maestros de la primaria estatal, quienes se quejaron de que ellas tenían todo el alumnado. Se presentó entonces un inspector escolar que llegó amenazándolas con cerrarles su escuelita, pero terminó dándole a Wilebalda su primer nombramiento para que trabajara en el sistema educativo oficial.

Estando en la escuela de gobierno, empezó a ayudar a su tío Santos, el sabio del pueblo. Este hombre desde hacía muchos años era el secretario del ayuntamiento de Mexxicacán, pero como ya estaba casi ciego, sus apuntes dejaban mucho que desear. Wili los pasaba en limpio al libro del registro civil; esta experiencia influyó mucho en que ella se decidiera a estudiar.

— Eso incrementó mis ganas de prepararme mejor porque no quería acabar

ciega por unos cuantos centavos como don Santos. De él aprendí mucho, me enseñó a redactar y muchas cosas buenas. A pesar de todos sus sacrificios y de haber servido tanto al pueblo, acabó en la miseria, viviendo de limosna: quien le llevaba un puño de frijol, quien el de maíz, quien de panocha.

No obstante que algunas de las inquietudes de Wili coincidían con los postulados de los ministros e intelectuales porfiristas, y posteriormente de los revolucionarios, la perspectiva desde la cual observaba y analizaba los problemas de su pueblo y de su patria era muy diferente a la de aquéllos. Poco le importaba si era la Iglesia, el gobierno o algún particular el que establecía el plantel. A ella le preocupaba que su gente tuviera acceso a conocimientos que le permitieran enfrentar la vida de la mejor manera posible.

La escuela rural: una especie de hogar

Las "escuelas rudimentarias", cuya misión era sólo alfabetizar y enseñar elementos de aritmética, constituyeron el primer paso de la revolución triunfante para subsanar la pobreza y contribuir al desarrollo de los campesinos de México. Sin embargo, como la empresa les quedó grande, a principios de la década de 1920, políticos, ideólogos y pedagogos iniciaron la discusión en torno a los postulados de la "escuela racionalista", conocida también como "de la acción". Buscaban una filosofía educativa y una pedagogía que aportaran soluciones a los problemas en que se encontraban inmersas las dos terceras partes de la población mexicana —entre nueve y diez millones— que vivían en el área rural. Las autoridades federales, conscientes de que la educación impartida por el Estado favorecía a los sectores urbanos, impulsaron reformas tendien-

tes a la expansión del sistema educativo. El presidente Álvaro Obregón encomendó al licenciado José Vasconcelos la creación de una institución cuyo objeto fuera federalizar la educación primaria, meta planteada pero no realizada por los porfiristas.

Al fundarse, en julio de 1921, la Secretaría de Educación Pública, se asignó a la escuela la tarea de transformar el medio rural y elevar el nivel cultural de todo el país para lograr su unificación. Por ello, en 1922 se firmaron en diversas entidades convenios titulados *Bases para la acción educativa federal en el estado de...* Al año siguiente se acordó establecer los principios de la "escuela de la acción" como base de la educación primaria en todo el país; se buscaba transformar los métodos y técnicas de enseñanza, así como promover medidas de higiene y salubridad comunitarias. Tales directrices se difundieron en Guadalajara en 1924 por medio de un

documento titulado *Postulados de la Escuela de la Acción*.

En la capital jalisciense, la "escuela de la acción" fue objeto de oposición por parte de la Iglesia, pero también por la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), por considerarla contraria a los intereses del proletariado. Sin embargo, mediante circular del 1.º de septiembre de 1924, la Dirección de Educación dio a conocer que serían los lineamientos del "racionalismo", corriente de pensamiento en que se basaba la "escuela de la acción", los que normarían los programas escolares en la capital del estado. Además, se advertía que sólo se aplicarían en aquellas escuelas del interior del estado en que hubiera directores que supieran interpretarlos. En una normal rural, Wilbalda sería la persona idónea para aplicar dichos lineamientos en la formación de los futuros mentores y así lo percibieron las autoridades educativas.

Durante su época de estudiante en Guadalajara, Wilebalda estuvo aparentemente aislada de los mencionados debates en torno a cómo encauzar por nuevos rumbos a la sociedad transformando el sistema educativo. Tal actitud no fue un obstáculo para que entendiera y asimilara la orientación que se quería dar a la escuela, en especial a la rural. Ya en su pueblo ella había vivido como alumna y como maestra los intentos de las autoridades porfiristas de que la primaria, además de instructiva, fuera formativa: que preparara a los niños para la vida y les inculcara un espíritu cívico y nacionalista.

Esos planteamientos del "antiguo régimen" serían retomados y enriquecidos por los revolucionarios triunfantes, quienes asignaron al maestro el papel de agente del cambio que la sociedad requería. Como en las filas magisteriales militaban mayormente mujeres, de manera implícita se les otorgaba un papel determinante en la

lucha por la consecución del nuevo ciudadano y del nuevo país, pese a que aquéllas tenían restringidos ciertos derechos civiles, como el del voto, el cual se les otorgaría hasta 1954. En este sentido, desde el porfiriato se consideró que las mujeres desempeñaban de mejor manera que los hombres la profesión educativa, posiblemente debido a que en el salón de clases ellas encontraban un medio —similar al de la familia— para realizar la vocación materna.

Al terminar sus estudios en la Normal de Jalisco, Wilebalda recibió el nombramiento como maestra de grupo en la escuela cercana al templo de San José de Gracia, en Guadalajara. Ella tenía ganas de regresar a trabajar a su pueblo natal, pues pensaba que

fuera de la ciudad se tiene mayor campo de acción, uno puede hacer lo que quiere, siempre y cuando sea en bien de la escuela, naturalmente. En la ciudad se está sujeto a los directores de

las escuelas y no se tiene tanta libertad para poner en práctica las propias ideas.

Sus deseos pronto se hicieron parcialmente realidad. No regresó a Mexitacán, pero en 1925, con base en los acuerdos celebrados por las autoridades educativas de la federación y de los estados, se establecieron las escuelas normales regionales. En Jalisco uno de esos centros docentes se estableció en Colotlán y Wili fue invitada casi de inmediato a hacerse cargo de la escuela anexa a esa Normal, ya que, dada su formación profesional, podría poner en práctica y enseñar a los futuros maestros los postulados de la "escuela de la acción".

Las normales rurales eran piezas indispensables en el proyecto educativo revolucionario, pues prepararían a jóvenes ya arraigados en el campo, salvándose así el obstáculo de que la mayoría de los maestros rehusaban plazas alejadas de los centros urba-

nos. En un primer momento la oferta no resultó atractiva para Wilebalda, dado el alejamiento y la incomunicación de esa población del norte del estado. Sin embargo, su cariño por la gente del campo, su tendencia a valorar la libertad e independencia personales, la seguridad que le daba el apoyo de su padre —quien otorgó el permiso solicitado siempre y cuando la acompañara una hermana—, aunado a que las percepciones económicas que le ofrecían duplicaban el sueldo que en ese momento recibía como maestra de grupo en la escuela de San José de Gracia, la convencieron de aceptar el ofrecimiento.

Con el establecimiento de esas escuelas normales rurales, la Secretaría de Educación Pública pretendía poner las bases para ofrecer a los campesinos mexicanos una educación integral, entendiendo como tal la que desarrollara las capacidades intelectuales, morales y sociales de los educandos. De ahí que debían sentar las bases para

que en las primarias, a la impartición de materias como geografía, historia y ciencias naturales, se agregara la enseñanza de hábitos de limpieza personal y medidas de higiene comunitaria. Asimismo, el maestro contribuiría a mejorar los trabajos agropecuarios y a explotar los recursos naturales de las diferentes regiones mediante la instalación de industrias domésticas.

En Colotlán, además de fungir como directora de la primaria anexa, Wili dio clases en la escuela normal. En ella se inscribieron alrededor de cuarenta jóvenes que habían terminado la primaria, en su mayoría personas de muy escasos recursos.

Al estallar la guerra cristera, en septiembre de 1926, y debido a la difícil situación en que se colocó a los maestros, Wilebalda se vio obligada a emigrar con todo y los muchachos que se formaban como maestros a la escuela de Lagos de Moreno. Allí siguió desempeñando sus labores como formadora de mentores rurales hasta

1932, año en que estas normales fueron cerradas. Después de una breve estancia en la escuela del Santuario en Guadalajara, Wili fue enviada a la escuela primaria de Etzatlán. En esa plaza trabajó muy a gusto y en colaboración con las autoridades del pueblo. Terminado su segundo año de labores, fue trasladada a Yahualica, cuando el licenciado Jesús González Gallo, en ese entonces presidente del Partido Nacional Revolucionario (PNR) con el interés de impulsar el desarrollo de su pueblo natal, solicitó que fueran mandados algunos maestros. Sin embargo, las dificultades del erario jalisciense impidieron el envío regular de sus sueldos mientras ejercía en aquel pueblo, lo que obligó a Wili a solicitar su traslado y llegar así a su último destino en el campo jalisciense: Zapotlanejo.

Wili procuró complementar la formación académica con la enseñanza de cosas prácticas que ayudaran a las alumnas a mejorar las condiciones

materiales y económicas de su existencia. Si bien esta actitud partía de su convicción personal de lo que debía ser un maestro, coincidía con los lineamientos pedagógicos de la época para el campo. En todos los lugares donde trabajó, aprovechó los recursos para enseñar a las niñas a hacer conservas de frutas y verduras; a rehabilitar mobiliario en desuso; a confeccionar su propia ropa, así como diversas manualidades que tuvieran uso práctico o de ornato en los hogares. A las niñas les quedaba la enseñanza y lo podían seguir realizando de manera individual; lo que elaboraban en la clase se vendía y con los recursos obtenidos se hacían mejoras a la escuela.

Por ejemplo, en Colotlán organizó una exposición de trabajos manuales y encurtidos de frutas y verduras. En Yahualica una feria de juguetes ideada por Wilebalda mereció la calurosa felicitación de las autoridades educativas. En esa ocasión se expuso y vendió todo lo hecho por las niñas, a partir

de materiales recolectados de aquí y de allá y con un gasto mínimo.

Por otra parte, Wili llevó a los educandos a conocer el medio social y natural que les rodeaba con el objetivo de que de él emanara y a él regresara su creatividad:

Visitamos talleres y todo tipo de establecimientos. No se trataba sólo de repetirles las cosas en la clase. Las llevábamos a que observaran la ladera y luego tenían que redactar composiciones o realizar trabajos concretos con plastilina, harina o con los elementos a nuestro alcance, sobre lo que habían visto. Era muy linda nuestra escuela, las de la ciudad no. Y púntese quien quiera, más bonitas aquellas. Fueron una de las principales conquistas de la Revolución y su apóstol fue don Rafael Ramírez.

Otra de las iniciativas que Wili tuvo en Yahualica fue la de instituir lo que llamó "la hora social", que se realiza-

ba todos los viernes. Ésta se anunciaba en la entrada de la escuela y se dejaban las puertas abiertas para todo el que quisiera asistir. Se escogía un tema, el cual se platicaba con los adultos; las niñas cantaban, recitaban y contaban historias alusivas al asunto tratado. La concurrencia creció tanto que fue necesario trasladar las reuniones a la Plaza de Armas. Con el tiempo, las alumnas fueron capaces de organizar solas el programa de estos encuentros.

En síntesis, Wili concretó los debatidos principios de la "escuela de la acción" en una manera diferente de educar: al hacer que las niñas se sintieran contentas en la escuela, avivó en ellas la responsabilidad, la independencia y la iniciativa personales.

Además de la formación de los educandos, alentó la de los padres de familia y otras personas, mediante la realización de rifas, días de campo, carnavales, fiestas y la celebración del 10 de mayo. Wili estaba consciente de que dichas acciones tenían una re-

percusión más allá de la obtención de recursos económicos destinados a subsanar mejoras materiales del plantel y gastos menores. A las alumnas les daban seguridad en sí mismas; la gente, en especial las madres de familia, iban adquiriendo mayor confianza en la maestra y acudían a pedirle consejo para sus problemas personales y familiares; a la población en general le proporcionaban una sana diversión, que en los pueblos era una oportunidad escasa. Todo esto contribuía a la educación cívica, entendida como formación de ciudadanos e integración y desarrollo de la comunidad. En palabras de la maestra Rodríguez:

El maestro era médico, ingeniero, profesor, todo. Y su escuela no se cerraba, era como una agencia social que servía para todo.

No cabe duda de que verdaderas Casas del Pueblo hizo Wili de las escuelas en las que trabajó. A ellas los

lugareños acudían por diferentes circunstancias, a la vez que contribuían a formar los Comités de Educación, que debían estar integrados por alumnos, maestros y padres de familia. La función de estos comités era apoyar la educación popular en todos sentidos.

Los retos de la política y el quehacer educativo de Wili

La originalidad e ingenio de Wilebalda no se limitaron a lo escolar. Esos mismos rasgos de su carácter le permitieron enfrentar las difíciles situaciones políticas, sociales y religiosas de la tercera y cuarta décadas del siglo. Durante su estancia en Colotlán estalló la guerra cristera; estando en Yahualica, cuando todavía no se apagaban los rescollos de esa lucha civil, el decreto de la educación socialista enardeció nuevamente los ánimos de la ciudadanía, provocó levantamientos y una gran presión sobre los trabajadores de

la educación, quienes llegaron a sufrir serias agresiones en su contra.

Tanto en la guerra cristera como en la controversia sobre la educación socialista, los bandos en pugna se agruparon en torno al Estado y a la Iglesia; de modo que estas instituciones se disputaron la fidelidad de los maestros, reconocidos como piezas claves en el afianzamiento del nuevo orden y consecución del progreso. Por ello los mentores vivieron durante varios años entre la espada y la pared. En este intríngulis salió a relucir la inventiva de Wilebalda, quien era profundamente católica. Al inicio de la cristera, el gobierno exigió a los maestros que juraran obediencia a la Constitución de 1917 y manifestaran públicamente su adhesión a la reglamentación encaminada a deslindar los campos de acción del Estado y de la Iglesia, so pena de perder su empleo. Wilebalda acató la disposición oficial y no asistió a los actos públicos organizados en protes-

ta del cese masivo de docentes. Para eludir la excomunión decretada en contra de los que actuaron como ella, regresó a Colotlán, población que civilmente pertenecía a Jalisco, pero eclesiásticamente estaba sujeta a la diócesis de Zacatecas, donde dicho castigo religioso no existía.

Yo pensé protegerme, porque, ¿por qué le quitan a uno la manera honrada de ganar su pan, si no vamos a hacer cosas malas contra nadie? No justificaba yo eso.

La religiosidad de Wili no le impidió analizar que en el enfrentamiento entre el gobierno callista y la jerarquía católica se debatían cuestiones ideológicas que tenían poco que ver con los deseos de la gente de que sus niños tuvieran escuela. Se abstuvo de acudir a misa y de invitar al párroco del lugar a los eventos escolares; a cambio de esa actitud neutral, su labor fue apoyada por miembros de los

distintos bandos en disputa. La opinión de la maestra Wilebalda fue que en la cristiada se mezclaron gentes con diversas intenciones y hubo quienes aprovecharon la situación para cometer todo tipo de tropelías, cosa que no supieron distinguir aquéllos que se decían soldados de Cristo Rey.

A fines de 1934 se reformó el artículo 3°. constitucional, con el objetivo de propiciar el desarrollo científico y tecnológico que se requería para convertir a México en una gran nación. Una vez más se creyó que los mentores eran el medio para hacer triunfar el proyecto revolucionario. En consecuencia, se estableció que la educación debería ser socialista, entendiendo por tal que la enseñanza primaria se cifera a los principios positivos que rigen la ciencia y, por tanto, ningún tipo de religión tendría cabida en las aulas. En términos generales la medida originó confusión entre los maestros y los convirtió en catalizadores de un conflicto que rebasaba la escuela,

dirigiéndose hacia ellos la animación popular a la implantación de la reforma.

Sin embargo, para Wili la situación no representó mayor problema: consciente de que el término socialista era confuso, se limitaba a enseñar principios morales que contribuyeran a la convivencia fraterna, y respeto tanto hacia otros creeds como hacia la labor de Benito Juárez y sus seguidores liberales. En cuestión pedagógica la educación socialista pretendía una enseñanza lo más objetiva posible, que no hubiera abstracciones para que los niños captaran mejor y pudieran aplicar sus conocimientos en la medida de lo posible a la actividad manual. Asimismo, se trataba de que la escuela llegara a la sociedad, "pero eso no hacía falta porque la escuela humanizada, como en las que yo trabajé, tenía a la sociedad de su parte".

Una muestra de la integración entre la escuela y la comunidad que Wilibalda logró en las poblaciones de

Jalisco donde trabajó, fue la forma en que promovió el mejoramiento profesional de sus colegas rurales y la alfabetización de los adultos con el apoyo de la comunidad. Durante su estancia en Yahualica, entusiasmada por la invitación del inspector escolar de la zona, impulsó un Centro de Cooperación Pedagógica en la región. Movilizaba a alumnos, padres de familia y autoridades del lugar dos fines de semana al mes, para dar albergue y comida en la escuela a los maestros de la zona, que se convertían en alumnos para mejorar su preparación en las materias básicas e incrementar sus conocimientos en las labores agropecuarias, oficios e industrias que enseñaban en sus respectivas escuelas.

En donde pudo estableció o cooperó con escuelas nocturnas para adultos. Por el puro gusto de ver que hombres y mujeres aprendieran a leer y escribir, ella y otros profesores les daban clases dos horas diarias por la noche. Lo mismo con niños que con

personas mayores, Wilebalda siempre prefirió atender a los analfabetos.

Parece no haber existido otra cosa que la hiciera sentirse tan realizada:

Me siento verdaderamente satisfecha cuando he puesto en manos de los niños el instrumento maravilloso que les permite interpretar el pensamiento humano en la palabra escrita y los pone en condiciones de adquirir todo conocimiento.

De ahí que Wilebalda siempre prefiriera trabajar con el primer grado de primaria o con analfabetos en el caso de los adultos. En lugar de aplicar los métodos para la enseñanza de la lecto-escritura de manera mecánica, los complementó con una serie de cuentos, recitaciones y juegos tendientes a motivar y facilitar el aprendizaje. Éstos, así como las modalidades pedagógicas que ella empleaba, están plasmadas en su libro *Primeras lecciones para enseñar a leer*, el cual, según

señaló ella misma, respondió "al deseo de ayudar a los maestros humildes (particularmente a los rurales) que como yo, se dedican a la bella tarea de enseñar a leer".

Los últimos treinta años dedicados a la docencia

El espíritu aventurero de Wili la llevó a diversos rincones del estado durante los once años que laboró en el medio rural. Se sintió a sus anchas en poblaciones tan diversas entre sí, como la rezagada Colotlán, la tradicionalista Yahualica, la prestigiada Lagos de Moreno. Entre uno y otro de esos destinos enseñó por temporadas en las primarias del Santuario, de Negrete, de San José y del panteón de Mezquitán en Guadalajara. Su familia completa se había mudado a esta ciudad poco después de que ella se vino a estudiar. Ésa era una de las razones para que de vez en cuando aceptara permanecer en alguna escuela tapatía, lo cual le brin-

daba la oportunidad de frecuentar a sus amistades, a la maestra Irene Robledo y a compañeros y funcionarios del ramo educativo con quienes había compartido diferentes experiencias laborales.

En 1936 uno de esos funcionarios, su amigo el profesor Ramón García Ruiz, le consiguió un nombramiento para trabajar en la recién abierta Escuela Hijos del Ejército, en Guadalajara, pues seguramente estaba enterado de que, debido a la muerte de su padre, Wilebalda estaba interesada en reunirse con su familia. Ese tipo de planteles, fundados por el presidente Lázaro Cárdenas en diferentes ciudades de la República Mexicana, brindaron la oportunidad de realizar sus estudios de primaria sin interrupciones a los hijos de la tropa que con frecuencia tenían que cambiar de sede.

Para Wilebalda esa nueva plaza implicaba pasar del sistema educativo estatal al federal, con la consiguiente mejoría en el salario. La genuina vo-

cación de esa maestra y su solidaridad hacia la gente de escasos recursos económicos y culturales, no le hicieron perder de vista la importancia de obtener una buena remuneración por su trabajo; de modo que, la mayoría de las veces, escogió aquella oportunidad que conjugaba atractivas perspectivas de desarrollo y un buen sueldo.

Esas condiciones se le presentaron a Wili en Hijos del Ejército, primaria con internado mixto, que inicialmente funcionó en lo que había sido el colegio salesiano del Espíritu Santo —en la calle de Hidalgo— y, posteriormente, en el edificio localizado en el barrio de la Capilla de Jesús.

Como estas escuelas dependían del Ejército, maestros y alumnos estaban sometidos en cierta forma a la disciplina castrense; por ejemplo, toques de corneta marcaban la distribución del tiempo; mientras que los alumnos recibían su "haber" —cuota que se les daba como soldados—, los maestros

cobraban en la pagaduría de la Defensa de la localidad; si éstos incurrían en una falta de puntualidad podían ser arrestados; esto es, se quedaban veinticuatro horas en la escuela sin poder salir. A Wilebalda le gustó tanto esa disciplina estricta, como el concepto general de la escuela-internado, que le permitía una convivencia cercana con los alumnos: por la mañana estaba al frente de su grupo en el salón de clases, por la tarde auxiliaba a alguno de los maestros de los talleres. En éstos se contaba con todo lo necesario para que los muchachos se capacitaran en oficios como carpintería, talabartería, herrería e imprenta. Tratándose de las mujeres, podían aprender corte y confección de ropa, así como costura y bordados. Además, había una huerta para la enseñanza de jardinería y cultivos, apiario y gallinero.

Acompañar a los alumnos en el turno vespertino no entraba en las obligaciones de los maestros de grupo, pero a Wili le gustaba hacerlo, aun-

que tuviera que correr en alguna fon-da cercana a la escuela.

De forma igualmente voluntaria, los fines de semana invitaba a su casa a dos o tres niñas que no tenían familiares en la ciudad; las llevaba a lugares de interés de la capital jalisciense, al teatro Degollado y, en fin, las enseñaba a pasear y a divertirse sanamente. Así podía complementar, como había hecho siempre en los pueblos, la instrucción con la educación para la vida. Después de sus intensas experiencias en el medio rural, donde vivía en y para la escuela, posiblemente la permanencia en el medio urbano hubiera sido imposible para ella en otro tipo de plantel. No obstante que la disciplina militar restringía su preciada libertad, esa institución, a la vez escuela y hogar de cuatrocientos alumnos, demandaba una gran entrega de los maestros, tal y como Wili estaba acostumbrada a brindar. Su vida registral y personal se fundían intensamente.

La escuela era gratuita y el único requisito de ingreso era ser hijo de soldado. Se proporcionaba una asistencia completa: hospedaje, estudios, cuidados médicos y toda la ropa. Cuando Wili llegó, los grupos eran de alrededor de cuarenta muchachos y muchachas desde los seis o siete años de edad hasta los dieciocho o diecinueve años.

Durante sus primeros dos años la escuela funcionó de maravilla. Los problemas llegaron a raíz de una patriótica iniciativa de los alumnos en ocasión de la expropiación petrolera decretada por el presidente Cárdenas en 1938. Los muchachos se entusiasmaron tanto con ese acontecimiento, que ofrecieron dar de su "haber" cinco centavos diarios. Viendo esa actitud, el director, coronel Isaías Villanreal, preguntó a los mentores si también querían cooperar. Todos aceptaron pero no hubo acuerdo en torno a la cantidad que deberían aportar y esto dio pie a que afloraran rivalidades e intrigas entre el

personal, lo cual desembocó en el relevo del director.

La situación cambió con la llegada a la dirección del coronel Álvaro García Taboada por su forma de manejar los recursos y por el maltrato que daba a los alumnos y maestros. De diferentes maneras Wilebalda expresó su desacuerdo con lo que consideraba injusticias y eso le acarrió la enemistad con el director, quien solicitó su reubicación. La maestra se presentó en la dirección de las escuelas Hijos del Ejército, localizada en la ciudad de México, y explicó que ella no había buscado enfrentar a su superior sino abogar por un buen trato para los alumnos.

La situación no sólo se aclaró sino que además fue invitada a colaborar en esa dirección a cargo del general Morales Sánchez. Entre las comisiones que le asignaron estuvieron la de preparar a los egresados de Hijos del Ejército que deseaban continuar sus estudios en el Heroico Colegio Militar, así como supervisar una escuela de

hijos de jefes y oficiales, establecida en Tacubaya: "La única mujer era yo, por lo que los muchachos me decían la 'maestra cadeta'".

A pesar de la insistencia de sus superiores, únicamente estuvo un año en México, porque le preocupaba su mamá. Ella sabía que en la Dirección de Educación de Jalisco pronto encontraría trabajo y, sin mayor aviso, un día se regresó a Guadalajara. "Yo me chiqueaba, era más malcriada que otra cosa". Sin embargo, al general Morales Sánchez le interesaba que una maestra como ella permaneciera en el sistema educativo militar, por lo que la convenció de ir a la escuela de Tepic, lugar más cercano a su familia y en donde una de sus hermanas tendría trabajo en la repiería.

Al poco tiempo se enteró de que el coronel García Taboada había dejado la dirección de la escuela de Guadalajara; hizo los trámites necesarios y se reincorporó a su puesto anterior,

en el cual permaneció aun después de su jubilación en 1967.

En 1942 las escuelas Hijos del Ejército pasaron a depender directamente de la Secretaría de Educación. En Guadalajara las niñas se quedaron en el mismo plantel, que a partir de ese momento se llamó Internado Beatriz Hernández; con los varones se fundó el Valentín Gómez Farías.

Solamente en esa última etapa de magisterio Wilibaldo perteneció a una organización sindical. Cerca de dos décadas esta maestra oyó hablar de cómo se iban conformando agrupaciones magisteriales con distintos propósitos e ideologías, sin que despertaran interés en ella. Por un lado, le daban desconfianza los líderes; por el otro, influyó el hecho de haber laborado en lugares donde no había actividad sindical. Una vez que radicó de manera definitiva en la capital jalisciense, trabajar en una escuela dependiente del ejército fue decisivo para que continuara al margen:

Nosotros no sabíamos de esas cosas, pues en la Defensa, ¿cuál sindicato se usaba? El sindicato era la Defensa y a los directores no les gustaba esa propaganda. Yo creo que no querían que uno se sindicalizara porque eso les restaba autoridad.

En 1943, con la fundación del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), la afiliación a éste se tomó obligatoria. No obstante que Wilebalda empezó como "soldado raso", pronto fue elegida secretaria general de la Delegación 49 de la Sección 16, cargo que desempeñó por tres períodos.

Llevada por su deseo de hacer prevalecer un trato justo y de respeto hacia los derechos del individuo, tuvo serias fricciones con las autoridades del Internado Beatriz Hernández. Los enfrentamientos cotidianos con el tiempo se transformaron en abierta rivalidad, a tal punto que la directora del internado, respaldada por los diri-

gentes corruptos de la Sección 16, presionaron por su traslado e impusieron como delegada a una de sus incondicionales. Una vez más la maestra Rodríguez tuvo que recurrir a las instancias centrales para desbaratar la coalición en su contra y demostrar que la razón estaba de su lado.

La Directora de Guadalajara se enojó mucho porque perdió la batalla. El comité [sindical] que había impuesto quedó por el suelo y me volvieron a elegir; yo no quería aceptar porque es un medio muy difícil y hay que pelearse con los directivos y con los de la sección sindical a la que se pertenece. De cualquier modo, sí pasé muchos tragos amargos por andar de defensora.

Conclusiones

Wilebalda Rodríguez Jiménez murió el 13 de noviembre de 1977. Los últimos días de su vida los pasó rodeada de familiares, exalumnos y compañe-

ros que establecieron con ella una cariñosa y duradera relación. Sus restos descansan en una tumba semidestruida del panteón de Mezquitán en la ciudad de Guadalajara.

La dedicación que Wili demostró a lo largo de su vida profesional no fue una excepción. Como ella hubo muchas mujeres consagradas a la docencia que conjugaron sus motivaciones personales con la "mística" impulsada por algunos ideólogos revolucionarios. La particularidad de esta maestra estriba en que aprovechó todo lo que la vida le dio, trascendió sus propias circunstancias y elaboró estrategias ingeniosas para desarrollar esa vocación por enseñar.

Las satisfacciones logradas durante los años de docencia en Mexxicacán no la llevaron a conformarse, como sucedió con otros maestros pueblerinos. El trato con familias campesinas le hizo percatarse de que su labor podía incidir en el mejoramiento de las condiciones de vida en el medio rural y

estimularon su deseo de superación. Éste, aunado a su audacia y tenacidad, la impulsó a desafiar el ambiente de Guadalajara cuando ya era una mujer hecha. Su capacidad de analizar las situaciones para deslindar lo esencial y lo aleatorio, en qué podía transigir y en qué no, la hicieron entender la importancia de obtener un título para lograr una mayor realización en la vocación que había elegido.

En Wili se aprecia una particular sensibilidad que la llevó a aprender de todas y cada una de las circunstancias que le tocó vivir. La manera cómo conjugó la enseñanza teórica con la formación para la vida, habla de su agudeza mental, empatía y profundo respeto por el ser humano. En síntesis el humanismo fue la directriz principal de su quehacer docente.

Fuentes

La fuente principal en la elaboración de este trabajo fue la *Entrevista reali-*

zada por Julia Tuñín a la profesora Wilibald Rodríguez, los días 4, 5, 6, 10 y 11 de enero de 1977, en Guadalajara, Jalisco, la cual forma parte del acervo del Programa de Historia Oral de la Delegación del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Jalisco.

La información complementaria fue proporcionada por las profesoras Teodora Manríquez, prima de Wili; Esthela Solórzano Manuel, actual directora del Internado Beatriz Hernández y Beatriz Ramírez Trejo, amiga íntima de la biografiada. Gracias a ellas conseguimos los trabajos de la maestra Rodríguez:

Primeras lecciones para enseñar a leer, Imprenta y Encuademación López e Hijos, Guadalajara, 1957.

Mi formación profesional, mecanoscrito del trabajo que la maestra Rodríguez presentó en un concurso del registro.

Además se consultó la siguiente bibliografía para enmarcar la vida de la maestra Rodríguez en las etapas de la historia de la educación en México y en Jalisco:

APODACA, Laura. *Educación de las jóvenes*. Conferencia leída en el teatro Degollado, por la Señorita Profra., Directora de la Escuela Normal para Señoritas del Estado de Jalisco, Guadalajara, s.e., 1914.

JIMÉNEZ ALARCÓN, Concepción. *Rafael Ramírez y la Escuela Rural Mexicana* (Antología), Secretaría de Educación Pública/ Ediciones El Caballito, México, 1986.

LARROYO, F. *Historia comparada de la educación en México*, 15ª edición. Porrúa, México, 1981.

LOYO, Encarnación. *La Casa del Pueblo y el maestro rural mexicano* (Antología), Secretaría de Educación Pública/ Ediciones El Caballito, México, 1985.

MARTÍNEZ MOYA, Armando y Manuel MORENO CASTAÑEDA. *La escuela de*

La Revolución, Gobierno del Estado de Jalisco/ Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1988.

MURÍA, JoséMa. *Historia de Jalisco*, tomos III y IV. Unidad Editorial del Gobierno del Estado, Guadalajara, 1982.

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL. *Política educativa en México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1981.

VÁZQUEZ, Josefina y otros. *Ensayos sobre historia de la educación en México*, El Colegio de México, México, 1981.

YÁÑEZ, Agustín. *Yahualica*, Edición preparada por Jaime Olveda, Guadalajara, 1983.

GUADALUPE DE LA PEÑA TOPETE SEXUALIDAD Y FE

Martínez Roaro, Ester. *Sexualidad, derecho y cristianismo. Visión bioética desde una perspectiva de género*. Instituto Cultural de Aguascalientes, Ensayos Contemporáneos, Aguascalientes, 1998.

*A todos los que disfrutan su cuerpo infamada, libre, responsable y también placenteramente: ojalá cada día sean más. A quienes cultivan con su conducta la fe en un Dios inteligente y generoso...*¹

No encuentro mejor guía para comentar esta obra que estas palabras de la autora. En ellas se encierra la presentación, el plan y, sobre todo, el espíritu de lo que leemos en las páginas siguientes.

¹ Ester Martínez Roaro. *Sexualidad, derecho y cristianismo. Visión bioética desde una perspectiva de género*, p. 11.